



ESTABLECIMIENTO DE HORTICULTURA
ARBORICULTURA Y FLORES
 Director: L. PHILIPPOT



Despacho: Príncipe, 31

Teléfono, 63

Viveros y es-
tufas en

LA PAZ

Teléfono, 134

Semillas de hortalizas y
flores adaptadas al cultivo
del país.

Plantas de todas las es-
taciones.

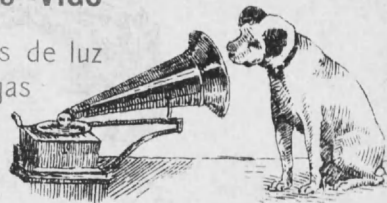
Frutales superiores.
Arboles forestales y de
adorno.

PLANTAS DE ESTUFA
Se envían catálogos gratis

S. Reboredo Blanco

Príncipe, 53--VIGO

Instalaciones de luz
eléctrica, gas
acetileno y
agua.



Gramófonos, discos, agujas y accesorios.
Brazos portátiles, figuras, teléfonos, ara-
ñas y lampistería, cristalería de Bohemia,
material para instalaciones, timbres eléctri-
cos, arcos voltaicos y lámparas incandes-
centes La Viguesa, inodoros, bañeras, grifos
y filtros, cocinas y hornillos para gas.

DAMIAN ARBULO

Primera casa con
un surtido completo
en toda clase de som-
breros y gorras.



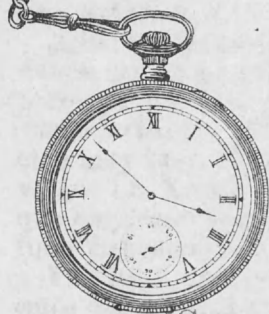
PRECIOS SIN COMPETENCIA

Calles, Palma y Triunfo

Único almacén en Galicia de Relojería

M. M. RICAUD

2, Triunfo, 2-VIGO



Gran surtido en relojes de
pared y bolsillo.

Despertadores y cadenas.

Fornituras y herramientas para re-
lojeros y plateros.

TARIFAS GRATIS



LA ELEGANCIA

Angela F. de Cifuentes

CORSETERA

Príncipe, 17, principal

Unica casa en Vigo que hace á la medida
todo patrón nuevo y que tiene más novedades,
tanto en corsés como en géneros para su con-
fección.

GALEA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA VIGO

ESTABLECIMIENTO DE FLORES Y PLANTAS
 Director: F. PARRISOT

Relojes y relojería en Galicia de Relojes

M. M. RIGAUD
 2.º Pabellón 2.º Piso

LA ELABORACIÓN

RG 45/9



VIGO

1^a, Septiembre 1902

PATRIA GALLEGA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO 1

nº 4

10 cts n.º

La Correspondencia al
Director del periodico



EXPOSICIÓN ARTÍSTICA



Y en Vigo, si, señor, porque pese á quién pese y sin embargo el mercantilismo de nuestro pueblo, por otra parte muy natural porque es base de su riqueza y prosperidad, hay muchas personas, muchas, que gustan del Arte, y no desdeñan la ocasión de poder saborear cualquier impresión artística.

¿Quiénes organizan la exposición? Dos jóvenes, casi dos muchachos, en cuanto á su edad, pero ya gallitos y con magníficos espolones como artistas. Maximiliano Vidales, ya conocido muy favorablemente por el público vigués y Luis La Rocha, un pintor madrileño de los que empiezan pegando, y ya laureado en la última Exposición de Madrid.

Ya dirán, creo yo, los diarios, todo lo que á estos dos artistas se refiere, y la reseña de sus cuadros; hoy por hoy debemos guardar una prudente reserva, pues cuando PATRIA GALLEGA salga á la calle aún faltará casi un día entero para la apertura.

Maximiliano Vidales, expone además de sus dos cuadros que presentó en la exposición de Madrid, un estudio de ropaje, y otro de gran fuerza y maravillosa factura, que titula «¡Palabras, palabras, palabras!» y una porción de apuntes y estudios pequeños, verdaderamente hermosos.

La Rocha, es sobre todo, un apuntista sin igual, rápido y preciso, y con la misma maestría maneja el lápiz que el pincel; es fecundo, tal vez con exceso, trabajador incansable, y apesar de ir á esta exposición casi en cueros artísticos, porque por venir de excursión no trajo ni sus cuadros y hasta ni los pinceles, y sin embargo en pocas semanas y después de una laboriosidad á prueba presentó al público, sin contar algunos cuadros verdadero derroche de luz y vida, 86 apuntes, todos hechos en Vigo.

Lo más notable entre otros trabajos que son sobresalientes, podemos señalar, «Mercado,» un cuadrillo con figuras de nuestra tierra, retratos al lápiz, uno de ellos de Tomás Martín y..... ¡la mar!

¿Fin y objeto de esta exposición?

Satisfacer una necesidad de los que gustan del arte, y vender el mayor número posible de cuadros, porque de todo tiene que haber en la viña del Señor.

Tengo la seguridad que se venderán mucho, pues es un género el que presentan á propósito para los gustos más exigentes y variados.

Saludo cariñosamente á estos dos distinguidos artistas y les deseo mucha gloria y muchas pesetas.—PIPO.

COSAS DEL TEATRO

EL MONÓLOGO

Todo autor más ó menos principiante y más ó menos dramático, tiene entre sus inéditos un monólogo de situación dramática, de luz verde en las candilejas, de media luz en la sala: con lectura de carta amorosa, con golpe de crucifijo en el forillo, con versos imploradores al Dios de las alturas y con otras muchas cosas que el referido autor cree que conmoverán é interesarán, aunque luego no interesen ni conmuevan.

La tiple que se precia un poquito, exige de la empresa de gastos un beneficio, que dedica, casi siempre á una sociedad de recreo, al destacamento de la plaza ó á los chicos del comercio de la localidad.

Y el marido de la tiple, gracias á su doble naturaleza de esposo y representante de la empresa, se permite el lujo de preparar para su señora un programa lucido y de atractivos.

El marido busca un monólogo para su señora, el autor llora por tiple para su monólogo y la tiple busca un autor que escriba algo para ella, y por un momento sopla la concordia y la alegría entre las cajas del escenario: carteles y anuncios rezan al día siguiente:

BENEFICIO DE LA TIPLE SR^{ta}. GARBALLO PROGRAMA

1.º

2.º

Y 3.º El estreno del monólogo titulado

«LA PALURDA»

Antes del estreno. (*El autor á la tiple*).—Señorita Garballo, ese final está muy flojo y tiene frases de decisivo efecto. Todavía no hemos hecho ningún ensayo formal y la obrita está anunciada para esta noche.

La tiple al autor.—Pues hijo, paciencia. Yo no puedo hacer más. Si hubiese V. quitado ese final y acertado los versos de la carta...

El autor.—¡Por compasión Sr^{ta}. Garballo!

La tiple.—No sea V. miedoso. El monólogo es muy bonito y contando con el repaso que le daré esta tarde y con la laringe de ese apuntador, estamos salvados. Hasta luego, (medio mutis).. ¡Ah! Si le llama el público, ¿cómo quiere V. que le saque? por el foro ó por la primera caja de la derecha? Si, esto será mejor. Así... ¿A ver? Salude V. así, así, (bromeando lo coje por una mano y lo arrasta hasta la batería remedando unos saludos muy exagerados al público).

Un amigo al autor.—Chico, ayer estuve en el ensayo de tu monólogo. Con tus obras no hay cómicos malos. Es tu monólogo de un tan fácil

decir y expresar que la Garballo llega hasta parecerme buena artista; porque hay que convenir que en todo lo demás está infame.

El mismo amigo al representante.—Para su mujer de V. no hay obra mala. Llega con su arte á transformar en bello y ameno ese esperpento de la literatura escénica que se llama «La Palurda».

El representante al amigo.—Ya veremos lo que dice el público. Compromisos, ¿sabe V.? ese muchacho me ha pedido por favor que la Garballo le hiciese la obrita y...

En el estreno

Levantán la cortina. Comienza el monólogo. Las frases de la obra que dichas en el sentido y con el calor propios que imaginó el pobre autorcillo, podrían agradar y llegar adentro, son gritos desproporcionados y sin justificación en boca de la tiple que lo fía todo al apuntador y á la ceguera del público. La obra no interesa, después decae, luego aburre y tras un luchar fatigoso de la artista, pobre de corazón y falta de estudio, cae el telón con un angustioso silencio de los que han soportado la inexperiencia de uno y el descuido de la que, falta de autoridad para tales empresas, arrastra consigo á quien no tiene culpa de pensar y escribir lo que imagina.

Después del estreno

La tiple.—(Al autor que sale á su encuentro después del fracaso.) ¿Ha visto V. ese final? Si me hubiese V. hecho caso. Si hubiese V. cortado ese parlamento.

El autor.—(Confuso y avergonzado) Yo....

La tiple (topando con el marido).—Si no me dieras cosas de principiantes.... no me ocurriría esto. Jamás me ha hecho el público un desaire semejante. Ni un aplauso....

El amigo al representante.—Ni su señora de V., ni Teodora Lamadrid levantan una obra como «La Palurda» ¡¡¡Qué disparatón!!!

El representante al amigo.—Si ese mequetrefe me hubiese dejado en paz. Mi mujer no necesitaba un monólogo para hacer su beneficio.

El amigo al autor.—Chico; tu tienes la culpa. ¿Quién te ha aconsejado la barbaridad de darle «La Palurda» un monólogo tan fino á esa comiquilla?

El autor (desfalleciendo).—Paciencia.... Ya está hecho.

F. R. ARNICHES

Vigo, 1906.

LA CATÁSTROFE

Vomitando, al andar, torrentes de humo,
como el rayo veloz, gentil, gallardo,
avanza el monstruo con salvaje furia
salvando precipicios y barrancos...

Sobre el tender, erguido, silencioso,

la mirada perdía en el espacio,
apoyada la diestra en la palanca
que la marcha del tren va regulando,
Andrés, el maquinista
reniega de su suerte, y á sus labios
afluyen en tropel hondos lamentos,

rugidos de dolor, gritos satánicos
y suspiros que exhala
su pobre corazón enamorado.
Porque en el mismo tren que Andrés conduce,
tal vez por un sarcasmo
del cruel, unida á otro hombre,
va también la mujer que fué su amante,
aquella deliciosa criatura,
de tez como la nieve, de ojos garzos,
serenos y tranquilos,
de lánguida expresión, de mirar plácido.
¡Por eso Andrés maldice de su suerte,
por eso en su furor invoca al rayo,
morador de ese mundo que comienza
donde acaba el imperio de los astros!
¡Por eso Andrés quisiera
que se estrellara el tren contra un peñasco!
Pero el tren sigue impávido su marcha,
ya á través de los campos,
ya horadando montañas de granito
cuyo seno estremécese á su paso;
y dando resoplidos gigantescos
se desliza veloz como un relámpago,
salvando abismos de insondable fondo,
rugiendo siempre, sin cesar bramando.
Andrés no puede más; recuerda el día
en que, ébrio de pasión, arrodillado
ante aquella mujer que fué su dicha,
escuchó de sus lábios
promesas, juramentos y suspiros
símbolos del amor más puro y santo;
recuerda que aquel hombre venturoso
que le robó el tesoro codiciado,
profanará sus lábios con sus besos,
estrechará su talle en dulce lazo,
contemplará con ilusión sus ojos,
¡aquellos ojos como el cielo diáfanos!
y en el silencio de la noche oscura

en amantes y locos arrebatos
escucharé los suaves
latidos de su pecho enamorado.
«¡No será!»—gritó airado el maquinista.
«¡No será, no, por Dios! ¡Yo he de estorbarlo,
aunque sea preciso para ello
deshacer tierra y cielo entre mis brazos!
¡No gozareis vuestra traición infame!
¡No hareis, no, más de mi pasión escarnio!
¡Ambos estais á mi poder sujetos!
¡Yo tengo vuestra vida entre mis manos!
¡Moriremos los tres! ¡Cuando mañana
de la alborada los reflejos pálidos
inunden con su luz el horizonte
las sombras de la noche disipando,
ya estará mi venganza satisfecha,
ya estarán satisfechos mis agravios,
y en el oscuro fondo del abismo
quedarán nuestros cuerpos mutilados!
Pues lo quisisteis, ¡sea!
¡Dios me perdonará! ¡No tiembles, brazo!!»
Y al tomar una curva,
alzó el regulador, sonó el silvato,
y potente, veloz, vertiginoso,
con furor de huracán, y vomitando
torrentes de vapor, de humo y de fuego,
cual si fuera impelido por un rayo,
saliendo de sus férreas paralelas,
precipitóse el tren por un barranco...
Tristes momentos de suprema angustia,
rugidos de dolor, gritos de espanto
y agonía, siguieron
á aquel terrible desenlace trágico.
En aquella catástrofe espantosa
hubo por un milagro
una víctima solo: ¡el maquinista
que quedó, bajo el tender destrozado.

MANUEL SORIANO.

APUNTES

Arturo recostado en un sillón del *sleeping* distrae el aburrimiento del viaje, leyendo *Las Virgenes* de Grabiél D' Anuncio.

El expreso para en una estación de tercer orden por milagro, para tomar agua su máquina ó por otra causa por el estilo.

Arturo dirige la vista á través de los vidrios de la ventanilla, que da al lado opuesto al del andén, y tropieza su mirada, con los tableros de una ventana entornada.

Adivina el atisbo de una mujer

Vuélvese á poner en marcha el expreso, y tirando *Las Virgenes* encima del sillón, baja el cristal de la ventanilla, mira hacia atrás, y observa una cabellera rubia que encuadra una carita de virgen, no de las D' Anuncio, de las otras, y que mira insistentemente, como obsesionada, envidiosa hacia el tren que marcha; más aun, hacia el departamento de Arturo.

Una curva rápida, un grupo de árboles que aparece, una ventana entornada que se oculta tras los árboles, y Arturo recoge su libro, busca con cuidado la página que leía, se rebulle en el sillón y por fin no lee.

—¿Sería guapa? ¿Sería buena?

Era mujer y podría ser guapa y buena. Y él, si no escapase, si no huiese encajonado eternamente en sí mismo podría ser feliz; quién sabe si con ella.

¡Bah! También podría ser desgraciado. La felicidad y la desgracia de la mujer proviene.

Arturo vuelve dos páginas atrás, no se entera bien de lo leído.

¿Y que? ¿piensa? feliz ó desgraciado, todo son emociones, todo hace sentir, y la vida es eso, una porción de emociones que se suceden, unas buenas, y otras malas. Si escasean, se muere de tedio, si abundan, corre demasiado la vida. Un justo medio es lo razonable y conveniente.

Tendría mi compañera, mi angel bueno, me aliviaría de penas y me comunicaría sus alegrías. Me besaría, me daría pequeñuelos que retozasen con mis bigotes.....

Indudablemente, eso es una dicha.

Y quién sabe si todo eso lo dejé ahí atrás, en esa ventana.

Arturo, torna á volver atrás seis páginas.

—¡Que distraído estoy; no leo bien!

Y vuelve á ensimismarse en la lectura de *Las Virgenes*, y mientras, el tren zapateando furiosamente sobre la vía, conduce con la velocidad del vértigo, al bohemio rico, al eterno aburrido, que hace nacer sus ilusiones en la copa del ajeno, para matarlas diáramente al final de la cena, después de haber rozado las mangas de su frac con los hombros desnudos de alguna mujer, también sin ilusiones, engañada por sus caprichos.

Y allí queda detrás de las maderas de su ventana, el germen de la felicidad una mujer rubia con cara de virgen, guardadora de mil ilusiones, enterrada á la vida y que se agosta por falta de ambiente, por falta de amor.

RAFAEL FUEMBUENA

BOHEMIO

Las cuatro esquinas

He bautizado así, por ser este articulillo *cosa de juego*, las cuatro mujeres bronceadas, obra del cincel de Querol, que ocupan y adornan los cuatro ángulos del pedestal de la estatua del marqués del Pazo de la Merced. Esas cuatro figuras, eternamente recostadas sobre sus plintos con cierta gracia y cierto abandono, al aire los desnudos piés, ven pasar con glacial indiferencia—con la indiferencia de todas las estatuas,—la multitud que de la ciudad baja a las Avenidas, ya para tomar el sol, ora para tomar el fresco, ya para tomar.... un bocado en alguno de los hoteles próximos, según el estado de la temperatura y las exigencias del apetito.

Confieso que cada vez que paso por la Plaza de Elduayen, me atraen, sin saber porqué, aquellos inmovibles símbolos de nuestras dependencias ministeriales. El otro día se me ocurrió, pensando en que estamos en época de interviús, entablar un ratito de conversación con las estatuas sedentes, y a ellas me dirigí, una por una.

Comencé por la que me pareció más hipocondriaca; por la que representa el extinguido ministerio de Ultramar.



—¿Cómo vá, mi bella amiga? la pregunté.

—Triste como siempre —me contestó. Viuda de *Ultramar* por culpas de unos y de otros, no tengo humor ni para moverme siquiera. ¡Buen disgusto para D. José, ese de ahí arriba, si viviese! Como V. vé, no me queda de mis antiguas posesiones de-allende los mares, otra cosa que este misérrimo *timón* que conservo entre las manos, resto inútil de gloriosas carabelas y de infaustos acorazados. Hoy por hoy, entretengo las nostalgias de la viudez en la contemplación de ese tranquilo mar que se extiende hasta las Cies, por donde ván y vienen trasatlánticos y veleros. Mis amores de tierra son los dependientes de *ultramarineros* que vienen a dominguear por estos alrededores; los considero como primos carnales.... carne también de bronce que resiste, a pié firme, los trajines del mostrador.



La vecina de la izquierda: la sagaz *musa* de la diplomacia.

—¿Vuestro *estado*?, interrogo.

—Lastimoso, ya lo véis. Imposible desprenderme de este abominable reptil que llevo a guisa de bandolera.

—¿Sois, por ventura, domadora de serpientes?

—¿Yo domadora? Infeliz de mí ¡que más quisiera! No domo otra cosa que mis ímpetus guerreros, y eso por el bien parecer.

—¿Alumna de Esculapio tal vez?

—¿Lo decis por el atributo? Pues no señor; ni cultivo la medicina ni la farmacia. Solo en caso de apuro suelo apelar a los *paños calientes*.

—Pero ¿porqué no solicitáis el auxilio de las compañeras de al lado para ver si entre todas lográis *matar la culebra*?

—¡Lagarto! ¡lagarto! gritó con acento trágico la diplomática, tapándose la cara con el Protocolo.



He aquí la Hacienda, la más opulenta de todas.

Apoya el izquierdo brazo sobre una especie de lata de petróleo oxidada, y con la derecha mano sujeta un lápiz Fàber, para anotar en el libro de caja los ingresos y los gastos del presupuesto nacional.

—¿Qué, hay mucho dinero en el arca? le digo.

—Poquita cosa. Seis pesetas con cincuenta. Por cierto que días atrás acertó a pasar por aquí mi antiguo administrador Urzáiz: se acercó, y con la contera de su bastón dió unos golpecitos en la caja como si quisiera calcular, por el sonido, y *ad vultuntun* el efectivo que encerraba el cofre en el vientre. «Esto está casi vacío», murmuró. Ya se cuidará V. de llenármelo, D. Angel, le repliqué guiñándole el ojito derecho.



La de Gobernación; la que rige y gobierna, sostiene como emblema puramente hípico, un freno y unas riendas, todo en buen uso.

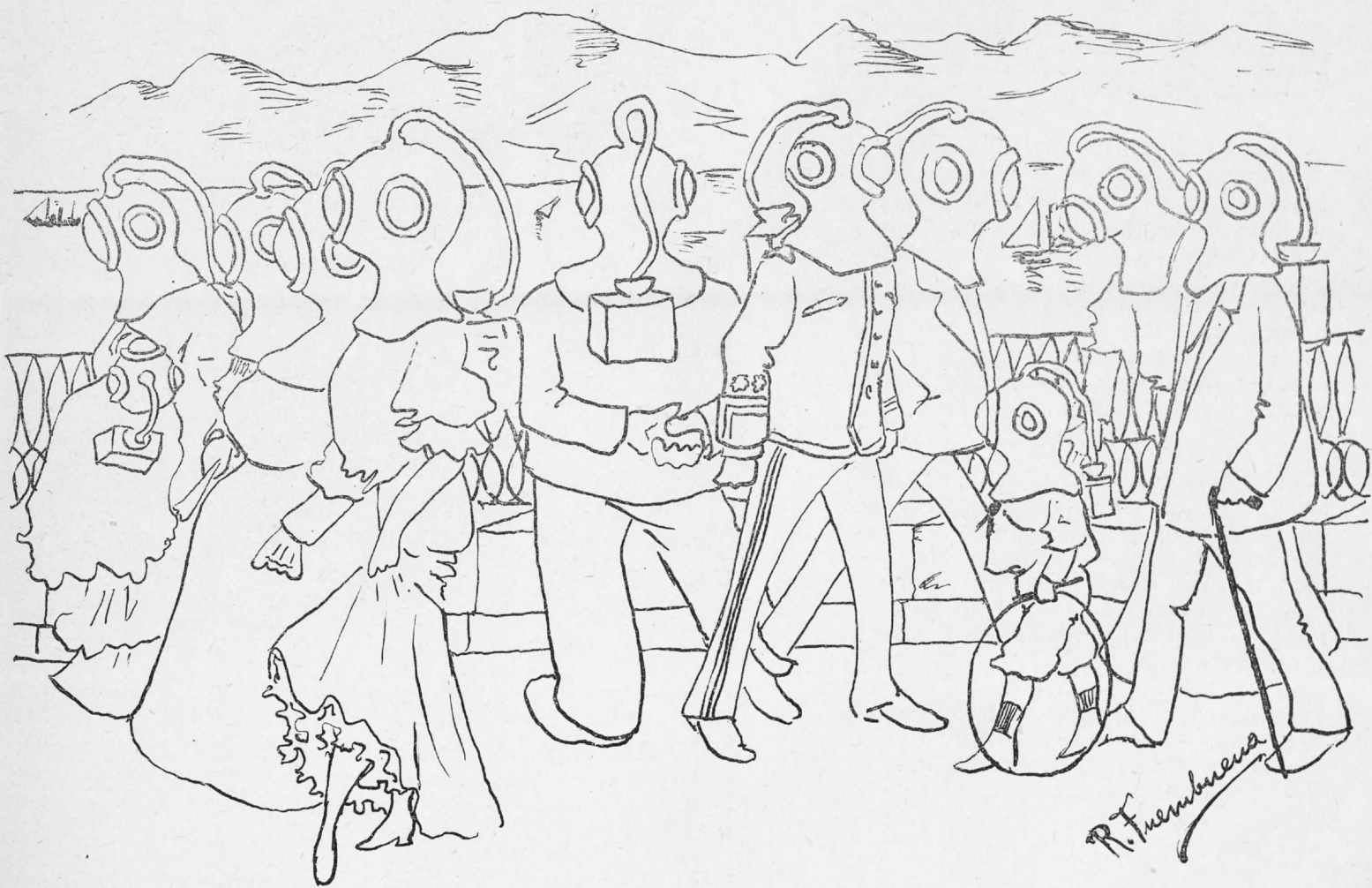
—Decidme: ¿á quién ofrecéis con tanto empeño esos arreos?

—Mirad: el freno se lo brindo á las malas lenguas de mar y tierra que por aquí pululan. Las riendas, á los gobernantes de todos los órdenes, grandes y chicos, aunque desgraciadamente de poco les sirven porque se les quedan entre las manos á las primeras de cambio, y así marcha todo, *desenfrenado*.... á lo automóvil.

—Desgracia es, objeté.

—Pero como todavía freno y riendas pueden servir para *atalajar* á un penco, pienso ofrecérselos al primer chamarilero que por aquí pase. Se los daré á precio de fábrica.

C...



Como en las Avenidas
huele y no á ámbar,
se hacen indispensables
las escafandras.
De este modo la peste
no nos invade.
¿Qué el *casco* nos ahoga?
Hombre, más vale.

A UNA COQUETA

Muy peligroso es el juego,
Camila, que hoy te divierte;
es fuego el amor, y advierte
que es malo jugar con fuego.

Debiendo tener presente
esto, que es mucha verdad:
«con el hombre, á cierta edad
no se juega impunemente.»

Y en estos lances de amor,
cuando no se logra nada,
no cabe pena mayor
que mirarse desairada.

Malo és, vaya el hombre en pós

de cuantas alcanza á ver;
más, que esto haga la mujer,
no tiene perdón de Dios.

La beldad más recatada
es la más apétecida:
como así no vale nada
aquella que se convida.

No desoigas mi consejo
y así hallarás pretendiente;
te lo asegura, quien viejo
es yá, ¡desgraciadamente!

ANTONIO GASCÓN

Vigo Septiembre 1906.

Puntas y ribetes

Ajustadas ya las planas del presente número, recibimos dos trabajos literarios de los conocidos escritores gallegos don Juan Neira Cancela y D. Amador Montenegro. En el próximo número publicaremos los trabajos de ambos amigos nuestros. Y muchas gracias.

Agradecemos al Sr. Villar Graugel el envío de un ejemplar de «El Problema de los Cambios» folleto que contiene la tesis del Doctorado de Derecho de dicho señor.

Sin tiempo ni espacio para ocuparnos del libro del Sr. Villar, como indudablemente merece, solo haremos notar que une á su indudable oportunidad una condición verdaderamente grande y que acredita el cuidado que presidió el trabajo del joven jurisculto, á quien enviamos la enhorabuena.

El último lunes, á las nueve de la noche, pasaba un automóvil como alma que lleva el diablo por la calle de Policarpo Sanz. El vehículo, que debía de ser de 40 caballos por lo menos, incluyendo los que iban dentro, corría trompeteando de lo lindo como si el mundo fuese exclusivamente suyo. ¡Ni que se tratara de conquistar una copa de plata!

Un cochero, que veía como el automóvil volaba calle adelante, decía filosóficamente desde el modesto pescante de su *cesto*:

—Eso es, los señoritos tira que tira, arrea que arrea, y nosotros al paso, aunque llevemos más prisa que Dios. Las multas de á dos pesetas, *pá los probes*.

Tiene razón el cochero. Las Ordenanzas municipales deben ser observadas por unos y por otros, y especialmente por los automovilistas, que parece que no traen otra misión á este mundo que la de desnucarse, aunque esto no sería lo peor, sinó la de que traten de descrismar á los demás mortales, á los que no volamos *en alas* de la gasolina.

* * *

A D. Bernardo Sagasta acaban de ofrecerle sus amigos de Cuntis un banquete entre político y *fraternal*.

El infaltable ramo de flores de la mesa, ramo que por no ser comestible acostumbra á mandarse á la hora de los postres, bien á la señora, bien á la hija ó bien á la suegra del festejado, fué enviado en esta ocasión, por disposición del propio D. Bernardo, á las señoritas del Balneario de la Virgen.

Obsequiar á veinte ó treinta señoritas en estado de merecer con un solo ramo, me parece una broma de dudoso gusto. Ahora, si el ramo era de flores de azahar.... el acto de galantería del Sr. Sagasta es todo un símbolo.

Muy de agradecer por parte de las *agraciadas* que se habrán repartido el obsequio como pan bendito.

* * *

Tres señores periodistas, hombres de arranque sin duda, montaron el otro día en dos burros y una burra con rumbo hacia la frontera de la patria de los Dumas.

Lo de llevar una hembra entre las cabalgaduras será para que haya cría y los burros no se aburran.

* * *

La empresa del ferrocarril de Orense á Vigo y *vice versa*, ha tomado pacífica posesión de las Avenidas como quien toma chocolate con moji-cones, y allí tiende railes por donde le viene en gana, deja en *su lugar descanso* horas y horas el material móvil, aunque estorbe el paso de las gentes, que esto le tiene sin cuidado, y conserva como sagrada reliquia en la Plaza de Elduayen, aquel adefesio de madera *aéreo* que tiene la forma de una de esas cajas en que los canteros guardan las herramientas, y es de lo más anti-estético que se conoce.

El Ayuntamiento, la Junta de Obras del Puerto, la Cámara de Comercio, el Centro Mercantil, etc., etc., que, en resumen, vienen á ser los mismos perros con diferentes collares, ven todo eso con indiferencia oriental, y alentados por ésta

los del ferrocarril, no será maravilla que el mejor día coloquen en las Avenidas los consabidos carteles de «Se prohíbe el paso» ó quieran cobrar á los vecinos billetes de libre circulación.

Si á todo eso unimos la probabilidad de que el ramo de Guerra se apropie el Campo de Granada y el monte del Castro, no nos quedará otro recurso, si queremos expansionarnos, que apelar á la vía marítima,.... si es que los ingleses no se oponen.

* * *

Faro de Vigo ocupándose del servicio de teléfonos, dice:

«.... no pueden los modestos ordenanzas hacer más de lo que hacen, porque ni les pagan como merecen ni les es dable multiplicarse. Pero todo ello tiene fácil remedio....»

Si, remedio fácil y al alcance de cualquier vecino de mal genio: «el hacer rodar por las escaleras» al primer ordenanza que se presente á tiro.

Y lo que dirán esos modestos empleados:

«Verdad es que no nos pagan como merecemos, pero nos *empujan por las escaleras* sin merecerlo, y váyase lo uno por lo otro.

* * *

Hablando del decomiso de unos jamones podridos, dice un diario local:

«No debe abandonarse al tal industrial, pues cada jamón que expende supone varias intoxicaciones, y la vida de los vigueses es muy preciosa.»

Gracias por la *parte* de vida que me corresponde.

Pero esté ó no intoxicado
no como nunca jamón,
(es muy caro ese bocado),
y me tiene sin cuidado,
lo de la intoxicación.

* * *

A una de las películas del Cinematógrafo que funciona en Vigo, la titulan sus propietarios *París á vuelo de ave*, que es una mala traducción de lo que los franceses llaman *vol d'oiseau*.

Por aquí decimos «á vista de pájaro» y bueno será rebautizar la película en castellano puro, apreciables *monsieurs del cine*.

* * *

En una carta de Bayona, que firma Juan Manuel de Cápua, encuentro este parrafito:

«Tengo una lista de asistentes formada por cuatrocientos nombres distintos, cuya publicación llenaría todo el número del periódico.»

Hombre, de no ser distintos ya no serían cuatrocientos, ó por lo menos dejarían de ser cuatrocientas personas distintas.

Por otra parte, 400 asistentes componen lo que se llama un batallón de *rebajados*, y el llamarlos á todos, uno por uno, por la lista que V. tiene, sería estropearles á los bañistas de Bayona las delicias.... de Cápua.

* * *

Los lectores ya estarán enterados de las hazañas de dos valientes... jóvenes en la vecina villa de Redondela.

Preso uno en el país, fué detenido el otro en Oporto; pero como según cierto Sr. Abogado no hay ley divina ni humana que tal desafuero consienta, fué el angelito puesto en libertad inmediatamente.

Y para compensarle del disgusto,
Entiendo que es muy justo
Le pongan enseguida en Redondela
Al frente de una escuela.

—
¿Quién ordenó cerrar, quién,
las bocas de riego? Ruego
Que hable la boca de Riego....
Si no la cierran también.

Un viaje á Cuntis ⁽¹⁾

Por lo que pudiera tronar, ó mejor dicho, por lo que pudiera llover, porque el cielo se presentaba hosco y con cara de pocos amigos, requirí el paraguas y me dirijí á buen paso á la Estación del ferrocarril. Pedí, pagué y obtuve un billete para Portas, y momentos después arrancaba el tren con esa *majestad* que muchos creen notar en todos los convoyes, así sean de mercancías.

El fin de mi viaje era el balneario de Cuntis: pero no me llevaban al balneario propósitos terapéuticos de ninguna especie. Afortunadamente tengo en muy buen estado todas las articulaciones. Iba solamente á visitar á un amigo que allí estaba de temporada, curándose no sé que afección á los riñones, y ahí, en esos riñones me las den todas.

Al detenerse el tren en la estación de Pontevedra empezaron á caer las primeras gotas de la tarde, y yo no pude menos de echar una mirada de cariño y satisfacción al paraguas, que me había costado dos mil quinientos reis en Portugal. A través del cristal de la ventanilla distinguí en el andén eso que dieron en llamar elemento oficial. Chisteras y levitas más ó menos flamantes, protegidas unas y otras por los paraguas de los respectivos propietarios, esperaban allí la llegada de un

personaje político —no recuerdo ahora quién— que venía, sin darme yo cuenta de ello hasta entonces, en el mismo tren. Allí se quedó *el ilustre viajero* rodeado de todos aquellos empleados de *San Francisco*, ó de la «Venerable Orden Tercera», que diría un *hermano*.

Púsose de nuevo en movimiento el tren, y una hora después me encontraba en la estación de Portas bajo un cielo completamente gris y una lluvia *completamente* torrencial, lluvia que no me hizo maldita la gracia, pero que á los campesinos se les antojaba una bendición de Dios.

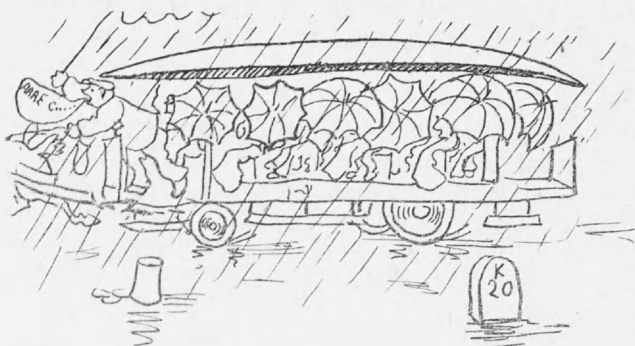
¡Al coche!

En la estación de Portas presta servicio á los viajeros que se dirigen á Caldas un *riper* bastante deteriorado, al menos en la época á que me refiero. El de aquel día era de esos que dicen de verano, abierto, lo que suele llamarse una *jardinera* no se porqué conexión con los jardines ó porqué razones de floricultura.

Cada cual se apresuró á tomar asiento en el carruaje ante el temor de quedarse en tierra en tarde tan desagradable. El agua seguía cayendo á cántaros y un viento frío, casi huracanado, entraba por «babor» y salía por «estribor» como Pedro por su casa.

(1) Este viaje real y efectivo, se lo dedico al amigo Amador Montenegro para que este señor sopa que yo también viaj

Para librarnos de la probable mojadura no hubo otro remedio que abrir los paraguas dentro del coche, y toda aquella tela combada, «haciendo frente» á los elementos desencadenados, era de un efecto curiosísimo.



Claro está que los ocupantes del coche nos molestábamos mutuamente con los paraguas, y el mayoral echaba venablos cada vez que el regatón de uno de aquellos artefactos le rozaba el cerviguillo.

Ya en Caldas, bajé del *ripert* y me encaminé á lo que poposamente llaman allí «Administración de diligencias, con ánimo de tomar asiento para Cuntis. Había anochecido y la lluvia, que seguía tenaz, abrumadora, desesperante, me tenía de un humor de todos los diablos.

Llegué á la Administración, que era una taberna con todas las de la ley, ramo de laurel inclusive. Unos parroquianos bebían, otros jugaban al tute, y en una mesilla, aparte, un viajante de comercio se embaulaba unas *postas* de bacalao frito.

Inclinándose sobre el mostrador, la sacerdotisa de Baco, en funciones administrativas á la sazón, apuntaba en una mugrienta libreta los nombres de los viajeros que solicitaban asiento en el coche. Apenas sabía escribir.

Baste decir que para poner José Soto, que recuerdo era uno de los viajeros, empleó diez minutos. ¡Y vaya unos garabatos!

Llegó el turno para mi inscripción en la *hoja* y la tabernera me interrogó.

—¿A donde?

—A Cuntis

—¿Su gracia de V.?

Vacíle unós instantes, y decidí darle una broma.

—Arsenio Martínez Campos, exclamé con voz campanuda.

La administradora oyó aquel nombre ilustre con la misma indiferencia con que oía llover, y otro tanto les ocurrió á las otras personas que estaban á mi vera, excepción hecha de un señor, vecino de Cuntis, alto, de bigote rubio, que tenía trazas de veterinario y que me lanzó una mirada entre inquisitiva y recelosa.

La del mostrador empezó á escribir *mi nombre* con manifiesta torpeza. Trazó primero una I luego una n, después una s, y por último una larga fila de caracteres chinos, indescifrables.

Pagué á toca teja el importe de mi asiento.

El señor rubio se acercó entonces á mi y me dijo:

—No sé como vamos á arreglarnos dentro del coche, porque solo tiene cuatro asientos y han despachado ocho.

—Oiga V., le dije á la tabernera ¿Cuántos asientos tiene el coche?

—No se apure, me contestó desentendiéndose de la pregunta—el que no quepa dentro irá fuera.



—¿Fuera con una noche como esta? repliqué.—He pagado un asiento de interior y reclamo mi derecho á ir dentro del coche.

El tabernero consorte, que tenía cara de bruto y que hasta entonces había estado despachando vino á los clientes, tomó cartas en el asunto y encarándose conmigo, me dijo con malos modos:

—Usted irá fuera por ser de los últimos que llegaron, y de no querer ir, se quedará V. en Caldas y perderá el asiento.

—Eso lo veremos, grité con energía. Y dirigiéndome á un grupo de mozambetes del pueblo que allí estaban resguardados de la lluvia, exclamé: ¿Quién de Vds. quiere acompañarme al cuartel de la Guardia civil. Daré una buena propina. Quiero que este señor administrador sepa quién soy yo, y, ó poco he de poder ó lo reviento.

Vi al señor de Cuntis que se aproximó al tabernero y le hablaba al oído. Observé que el tabernero se encogía de hombros y mascullaba no sé que palabras. Insistió el de Cuntis al parecer con mejor fortuna, pues volviéndose á mi, que en unión de dos muchachos me disponía á abandonar la taberna, insinuó:

—No salga V. ni se apure; irá V. en el interior. Acabo de convencer á ese cafre que no sabe tratar con personas, é ignora quién es V.

—Eso es otro cantar, dije con aire de superioridad.

¿Que como se arregló el asunto?

Mal, naturalmente. El coche era, un efecto, de cuatro asientos y nos hemos acomodado en él seis individuos; los otros dos, los números siete y ocho se resignaron á ir en pescante con aquella noche tormentosa.

Podíamos estar en el punto de destino en poco más de una hora, pero aquel coche conducía el correo y como tenía que dejar la baliya en Moravia tuvimos que dar un rodeo atroz, materialmente prensados, rodeo que duró cerca de tres horas, y cuando llegamos á Cuntis eran las doce de la noche... ¡y aun llovía!

Al descender del malhadado vehículo, frente á la fonda, el señor rubio me tendió afectuosamente la mano diciéndome:

—Mi general, me llamo *Fulano*, soy propietario y vivo ahí enfrente para lo que V. guste ordenarme.

—No soy general, sino simple particular, le contesté sonriendo. Aquello fué una broma de la que no estoy ni puedo estar arrepentido.

Mi compañero de viaje torció el gesto, un gesto de contrariedad y disgusto, pero haciendo de tripas corazón, contestó con forzada sonrisa:

—Ah, conque V. no es.... bién, bién, no importa. Lo dicho: servidor de V.

Aquella noche la pasé intranquilo.

Soné que lucía en la boca manga los tres entorchados de Capitán General, que me había constituido en dictador y dado órdenes terminantes para que fuesen colgados de los álamos de las carreteras todos los mayores, alquiladores y administradores de coches de la Península.

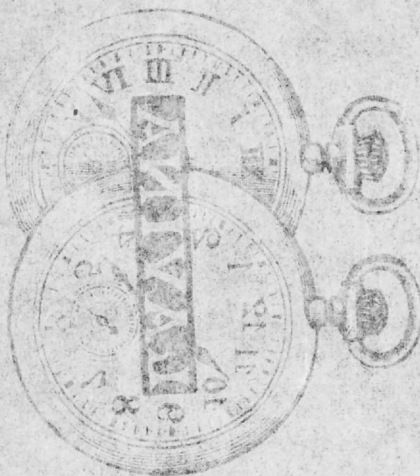
PIO L. CUIÑAS.





TRINCOSE HERMANOS, S. A.
 Océanico, en la provincia de Océanico
 UNIDAD DE TRANSPORTE
 PATRIOLA ALTA

GRAN CAFE COLON
Edificio construido expresamente para el mismo
Calle de S. Antonio No. 1-VIGO
AMPLIOS SALONES TERRAZA COMODA Y ELEGANTE
BILLAR DEPARTAMENTOS DE LUJO Y CONFORT
SERVICIO CULINARIO



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

FUNDADA EN 1763

VERITAS LIBERABIT VOS



LIBRARY
M. REY MONDEZ
Vigo

1870

UN HECHO
CON QUE SE HONRA LA CASA
PEDRO DOMECCO



El 10 de Mayo de 1904, S. M. el Rey Don Alfonso XIII, honró con su visita las bodegas de la casa "PEDRO DOMECCO", y al presentarle el primer coñac destilado por D. Pedro Domecco y Loustau, primer coñac destilado en España, D. Pedro Domecco y Villavicencio, su hijo mayor, suplico á S. M. un testimonio á la memoria de su padre, que con inteligente y honroso trabajo habia así arrancado á Francia en beneficio de España el monopolio que de la industria de coñac venia disfrutando. S. M. el Rey accedió graciosamente, y tomando el portatizas que le fué presentado, firmó su augusto nombre en el fondo del tonel, como regio homenaje, consagrando esta obra tan beneficiosa para la nación.

LA RIOJA ALTA
SOCIEDAD DE COSECHEROS DE VINOS
Depositaros para la provincia de Pontevedra
TRONCOSO HERMANOS.-VIGO

GRAN CAFÉ COLON
Edificio construido expresamente para el mismo
Calle de V. Moreno nº 3. - VIGO.

AMPLIOS SALONES - TERRAZA COMODA Y ELEGANTE.
BILLARES, DEPARTAMENTOS DE LUJO Y CONFORT,
SERVICIO ESMERADO.

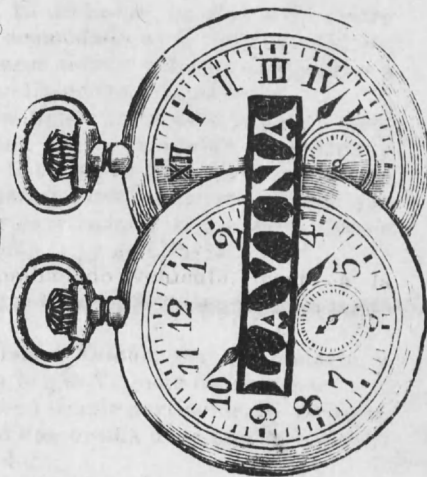
ALMACÉN
DE MUEBLES



Precios
fijos

LORENZO A. FERNÁNDEZ
Colón 35--VIGO

Reloj de precisión marca Lavina, en cajas plata, acero y níquel, con garantía por cuatro años.
Reloj para automóviles.
Reloj sin esfera ni minutos.



RICARDO VIEITES
Príncipe, 51--VIGO

OFREZCO Á Uds
LAS ÚLTIMAS NOVEDADES
EN TARJETAS POSTALES
Y PAPELES FANTASIA
PARA ESCRIBIR



LAS COLONIAS (confitería)

Príncipe, 38

Especialidades de la casa *****

☆☆ Tortells ☆☆ Cristinas ☆☆

☆☆☆☆ Panellets ☆☆☆

Por encargo, Biscuit Glacé

LITOGRAFIA
M. REYMONDEZ
VIGO

Círculo Católico
Protestante